

## LA REPRESENTACION

Yo los llevaba a La Cautiva, en Pacheco. Nada les conformaba tanto como la idea de "ir a la pampa", como si esa palabra significara una estación de provincia con un cartel preciso: algún lugar de esta tierra donde había que descender.

Para mí significaba desentenderme de "ellos". Yo llegaba a La Cautiva y se los entregaba a Lucas, mi padre; también a su padre y a mi hermana María Martha; pero sobre todo, a los mellizos.

Vivían en La Cautiva todo el año. No hubiera podido ser de otra manera; así lo establecimos para poder conservarla. Vendimos la casa de la calle Suipacha, la quinta en Los Troncos. Todo eso estaba bien, pero no La Cautiva. Ella era todos nosotros y cada uno de nosotros también.

El general Roca le regaló la tierra a mi abuelo: "hasta que aguante el caballo" —le ordenó—, y el casco lo edificó Chaperouche. En ella Echeverría escribió o corrigió "La Cautiva". Le dejó su nombre y algunos originales.

También decían que los pasillos y escondrijos de la torre —refugio de unitarios— encerraban endemoniados y las almas asesinadas de nuestra familia. Lucas, mi padre, aseguraba que los espantapájaros, los hombrecitos huecos que cuidaban las viñas, el parque, los naranjos y también el jardín, eran nuestros ángeles custodios frente al mal, que nos perseguía implacable en las dos últimas generaciones. Y sobre todo a los muchachos, a los payos, a los mellizos, como los llamaban: al borde siempre de asesinar despiadadamente un gorrión, quemar un sapo, abrir las entrañas de un gato y arrojarlos luego arrepentidos, al suelo, en busca de mi perdón. Asistir toda la noche al nacimiento de un potrillo, para meses después hacerlo saltar, exhausto, vallas de fuego. Preocuparse por los insomnios de mi padre y luego, durante el día, mostrarle el aviso de publicidad donde él aparecía diciendo: "También nosotros bebemos American Dry", o "La sociedad argentina también bebe Yatasto Drink". Canturreaban hasta enloquecerlo. Escribían sus nombres en las paredes del casco, con lazos y raíces móviles. Mi hermana nada podía hacer por ellos. Sin embargo, decía que el aire de La Cautiva los había mejorado. Eso fue antes de que dieran de comer a los galgos vidrio molido, para luego cuidarlos durante días y noches.

Lucas, mi padre, festejaba todos sus gestos,

sus actos. Era su colaborador más próximo. Recuerdo que a mi madre, mientras vivía, la obligaba a vestirse de gala para el Colón; llegar a la puerta del teatro y cambiar su itinerario por los bailes del Rosedal o del Babilonia, y después llevarla a tomar un helado en la confitería El Vesubio de la calle Corrientes, que ella tanto odiaba.

Pero cuando decidimos eso de la representación —quizá no lo decidimos, se les ocurrió a ellos, a los mellizos— las cosas parecieron mejorar, porque se pagaron los impuestos y se hicieron los arreglos necesarios en La Cautiva, que era algo así como recetarnos una larga cura para nuestros cuerpos.

Yo comencé acompañando a una delegación de norteamericanos a la estancia La Armonía. Después las cosas vinieron solas: fueron los mellizos quienes dijeron, quienes propusieron que los llevara a La Cautiva. Hasta María Martha pareció interesarse. Yo comencé por llevar de visita a dos o tres norteamericanos. Después, los mellizos y mi padre se organizaron; es decir, decidieron representar, cada domingo, una yerra, improvisar partidos de pato, carreras de sortija, carreras cuadreras: los mellizos marcaban al mismo caballo todos los domingos entre risas y carcajadas. Desde la terraza del primer piso mi padre repetía la frase del general y decía: —La Cautiva llega hasta donde "revienta" un caballo, hasta su último suspiro.

El alambrado sólo llegaba hasta las viñas.

Después terminé llevando a uno solo, no siempre el mismo, por supuesto.

Cuando les entregaba el dinero por la representación, repetían:

—Volveremos a tener todo lo nuestro. Correremos el alambrado. Los mellizos podrán viajar... educarse.

Ellos reían y reían. Pero sólo ellos me preguntaban:

—¿Con cuál de los que traés te vas a casar?

Acariciaba su frente. Les agradecía que asociaran la palabra "casamiento" con alguno de esos efímeros visitantes de mi vida.

Fue una tarde de noviembre. Ellos quisieron servirle el té al convidado, en las terrazas de las begonias, frente al huerto de los naranjos. El olor a azahares me hizo sentir muy lejos, muy lejos de mi departamento de la calle Rodríguez Peña. Un departamento con un solo ambiente y una terraza sobre los jardines de Duhau. No me importaban las horas que vendrían; no me importaba la incomunicable presencia del visitante de hoy ni tampoco el regreso; la ardua comida en mi departamento o en "Au bec fin". Las consabidas preguntas por su mujer y sus hijos, sorprenderme ante el nacimiento de ciudades como Nueva México, o Salt Lake City, o Amarillo...

Pero la representación había comenzado ya. Los mellizos aparecieron con el mismo caballo de todos los domingos y anunciaron yerra y doma para el atardecer. María Martha, seguida de "Nana", trajo la bandeja de "scons", y esperé a que repitiera: —Scons y té de Blakestone, como en su casa, seguramente. "No sólo comemos carne los argentinos". Mi padre apareció vistiendo el mismo saco de tweed inglés

de una propaganda; también con el vaso de whisky en una mano; también con su consabida sonrisa.

Uno de los mellizos pasó galopando furiosamente y, haciéndome un guiño, dijo:

—Mirá qué lindos están los espantapájaros...

Explicué en inglés al visitante lo que quería decir "espantapájaros". Lo vi sonreír, dirigir su mirada hacia el huerto de los naranjos, ensombrecerse el rostro, entornar los ojos y decirme:

—He seem alive...

No quise levantar los ojos, como si deseara postergar el reconocimiento... Pero me obligué a levantarlos.

Nada anormal tenían esa tarde los espantapájaros, nuestros ángeles custodios. Sin embargo, no pude apartar la mirada de uno de ellos, el más cercano, el más próximo. Y él, el visitante, adivinándome, propuso:

—Te molesta; parecen hombres crucificados.

Recordé la historia de los unitarios Lezama y Mármol, escondidos dentro de sus cuerpos huecos durante dos días, mientras acamparon en La Cautiva las huestes de Rosas. Y comenzó la representación. Todo sucedió como siempre. Los mellizos y sus hombres demostraron coraje, intrepidez y alegría. Sí, estaban más alegres que nunca y eso me preocupaba. María Martha y mi padre mostraron la capilla, el haras desierito bajo pretexto de caballos en pastoreo y también la negra hacienda del campo vecino, cuyo alambrado, disimulado con arbustos, marcaba la división de nuestras tierras.

Pero yo no me atrevía a regresar por el camino de las begonias. Sin embargo, ellos, los mellizos, dirigieron el jeep, como si nos arriaran, hasta las arcadas del huerto, junto a los espantapájaros.

Pasamos a su lado; sí, pasamos a su lado y quizá rocé su mano. Los mellizos lo miraban a él y a mí sucesivamente, con una imperceptible ironía en los labios.

— De cerca, parece de cera este monigote— traduje de él.

Rocé su mano y me enfrenté con la cavidad ya vacía de sus ojos.

Los mellizos apuraron el paso... Arrastré al visitante al interior de la casa y se lo entregué a mi padre. Liberada de él, corrí a buscarlos. Los encontré en el sótano de las armas...

— ¿Qué le hicieron? ¿Qué le hicieron? —los enfrenté.

— Y... murió esta mañana el pobre. ¡Qué querés...! Vos venías con el visitante... ¿Querías que te dejáramos sin representación?

— Después de todo él decía que los unitarios se quedaron así un día entero. Y no estaban muertos los pobrecitos.

— ¿Acaso no lo vestía él mismo a su angelito?

— ¿Lo sabe tu madre... y papá? —grité.

— Ya lo sabrán. ¿Para qué preocuparlos?

— Cuando se vaya el gringo.

— Lo difícil fue vestirlo.

Los dejé allí, en el sótano, arreglando sus armas de perdigones, para cazarlos vivos, como decían, y asarlos después.

De regreso yo tomé el volante y apreté el acelerador.

— Si querés morir, yo no tengo inconveniente a tu lado.

— Tendrás que perdonarme. No me siento bien esta noche. Puedo buscarte alguien que me reemplace.

— Yo también estoy muy cansado..., pero dejame descansar a tu lado, por hoy —creí entender.

Estaba demasiado triste para alegrarme por sus palabras. Sin embargo, quizá tenían razón los mellizos. La representación había terminado y no demasiado mal. A él, a mi abuelo, le gustaban los espantapájaros, y es mejor ser velado en un hueco de azahares que en la húmeda y tétrica sala de La Cautiva.

Y tampoco era demasiado lejano el visitante; tenía unas manos hermosas y el cabello lacio le cubría la frente. Además, no lo dudo, había adivinado que el hombre del hueco era alguien de mi casa, y no le importaba demasiado.

Eso está bien, después de todo.